

Si mi hermano mayor siempre tuvo cara de niño feliz, al menos en apariencia, yo, por el contrario, tenía el aspecto clásico de niña desgraciada, que luego iba a ser una mujer desgraciada y que si llegaba a vieja acabaría siendo también una vieja desgraciada. Así decía el abuelo. Cada calificativo suyo, cuando al abuelo se le daba por pretender educarnos, caía sobre nosotros como una perla negra. La cara de felicidad sempiterna de mi hermano lo convertía en un inepto para los estudios y por el contrario, decía el abuelo, mi facilidad para los estudios me convertía en una total desgraciada; mi facilidad para estudiar cualquier cosa que me propusiera significaba, para desgracia mayor del abuelo, que nadie en la vida podría someterme nunca, con lo cual siempre viviría sola, ningún hombre sería capaz de soportarme y terminaría siendo una pobre desgraciada. No hay duda de que el abuelo no se ha equivocado mucho en sus previsiones. Yo siempre he estado más cerca de la desgracia que de la felicidad al contrario de mi hermano mayor, hombre aparentemente feliz y al que en cierto modo envidio su capacidad para mantenerse firme en su ignorancia. Siempre me ha parecido espectacular el modo en que mi hermano mayor ha sabido defenderse de los ataques familiares pues en lo que se refiere a su forma de ser, francamente irrecuperable para los estudios y para la vida consecuente de estos estudios, K. siempre estuvo de acuerdo con el abuelo. El abuelo y su tribunal de inquisición doméstico tenía a bien repetir regularmente una frase que a mi me parece la frase más hiriente que un abuelo puede decir a su nieto si no quiere convertirlo en una nulidad para el resto de sus días. En un cero a la izquierda como le decía el abuelo que acabaría siendo mi hermano mayor si, como pensaba yo, mi hermano mayor no se rebelaba contra el abuelo de una vez por todas. Pero estas frases eran pura tontería comparadas con la imaginación sublime del abuelo cuando nos colocaba a mi hermano mayor y a mi de lado y nos anunciaba el error de tener mi hermano mayor y yo las cabezas cambiadas, en cuerpos, quiero decir: en sexos que no correspondían. Cuanto hubiera deseado el abuelo y al propio tiempo cuanto más lógico hubiera sido -siempre según el abuelo- que tu, le decía a mi hermano, tuvieras la cabeza de tu hermana y tu hermana, me decía a mi tomando todo el cuidado para que mi hermano también lo oyera, se hubiera quedado con tu cabeza. Qué no hubiera hecho el abuelo con un nieto que podría tener muy bien el aspecto físico y bien parecido de mi hermano mayor, con el sexo varón, por supuesto, de mi hermano mayor y con la inteligencia, como si la inteligencia fuera una prenda de quita y pon, de ahora te la regalo y ahora te la quito, que yo llevaba en mi cabeza. Qué equivocado estaba el abuelo cuando pensaba, y lo pensaba seriamente, que un nieto elaborado a partir de la simbiosis programada de sus dos nietos mayores le habría salido como una pequeña reproducción de su propia persona y si cabe mejorada como en cierto modo supo conseguir de mi hermano menor que es la reproducción desenfocada y movida del abuelo. Y de alguna manera terrible

el abuelo tenía razón pues es difícil que un hijo varón pueda admirar a un padre sumiso y domesticamente irrelevante que era como sin duda alguna veía entonces mi hermano mayor a K., decepcionado a su vez de tener que elegir al abuelo como su modelo. Y esa animadversión debe ser mutua, es la única explicación que puedo darme de que un padre como K. haya fracasado de forma tan catastrófica en la relación con su primogénito. De mi hermano mayor le irritaban y eran motivo de burla sus intentos frustrados por llegar a ser una copia exacta del abuelo, mi hermano mayor no contento aún con haber conseguido imitarle físicamente rechazaba de sí mismo esa exagerada sensibilidad de carácter que le conducía directamente al fracaso sino actuaba de forma rápida y aprendía pronto a convertirse en alma gemela de aquellas personas materialistas, hipócritas y superficiales que K. tanto despreciaba. El querer ser el hombre opuesto al que K. ha sido es lo que menos ha podido soportar mi padre de mi hermano mayor y no ha cesado ni un instante de manifestárselo como él no ha cesado de fastidiarte y fastidiarnos con sus aires de familia adinerada y poderosa. Porque los valores de K. no son los de mi hermano mayor que no habrá leído un libro entero en su vida y sólo parece estar interesado por el dinero y todo lo que rodea a la gente de dinero, que son la única gente con la cual se puede compartir la vida y no con nosotros, seres extraños, de moral dudosa y de ralea baja. Pero lo que más puede enfurecer a K. de mi hermano mayor es que pareciéndose como se parece al abuelo no sea como el abuelo del cual K. en persona admira su habilidad extrema para llevar un negocio y ser rico sin ostentación de serlo al contrario de mi hermano mayor que sabe parecer rico sin haber ganado jamás una peseta que a diferencia del abuelo le gusta más el dinero que la obligación que este impone para poder obtenerlo. Si al fin y al cabo mi hermano mayor fuera independiente y no tuviera que vivir y trabajar a expensas del abuelo aún, dice K., bendeciría a su hijo pese a ser el nieto más reaccionario si cabe que el abuelo. Pero con mi hermano no hay nada que hacer, dice K.. Porque ya es tarde, digo yo. Porque nunca hubo nada que hacer, según K., que hace oídos sordos a mis comentarios sobre los orígenes de ese comportamiento materialista de mi hermano que tanto le abochorna. A mi hermano mayor le hubiera gustado tener un padre que como el abuelo hubiera aprobado y aplaudido sus ambiciones de hombre rico y nunca será capaz de ganar dinero por sí mismo mientras tenga sobre sus ojos la mirada de un padre que desaprueba totalmente sus ideas decimonónicas y reaccionarias de ganar y de gastar dinero. A mi hermano mayor le hubiera gustado ser el único heredero de una familia rica tal cual son todos los mejores amigos de mi hermano, herederos únicos de familias millonarias rodeados de yates, mansiones, y los últimos modelos de automóviles. Y K. que desprecia y no oculta la acritud que siente por todas las cosas ambicionadas por mi hermano mayor todavía desprecia más que él viva como si de verdad estuviera rodeado de todas esas estupideces materiales. Este es el mismo desprecio con el cual mi hermano mayor trata todo cuanto huelga a libro, escritura o tinta literaria. Y ese desprecio de mi hermano mayor por el arte que no rinde económicamente, es decir, por eso que llaman arte y

no es arte de ninguna de las maneras sino mera transacción económica, el que no enriquece materialmente al comprador del mismo, duele a K. como mil puñaladas clavadas en el centro de su estómago. Y le empuja si cabe a despreciar aún más todo lo que rodea a mi hermano mayor y a mi hermano mismo y a no perder la ocasión de decírselo a la cara una y otra vez hasta convertir esa descalificación continua en un elogio que es lo que se consigue a través de un insulto metódico y continuado . Y lo que no admite siquiera insulto o mala calificación, pues irrita a K.hasta un punto en que sería capaz de no reconocer a su hijo mayor como hijo tuyo es el hecho de que mi hermano mayor se de aires -de un modo que hasta a mí siempre me ha parecido escandaloso- de persona erudita y pretenda convencernos de su sabiduría sobre todas las cosas, incluidas las literarias y humanistas y se atreva a opinar con el descaro propio de una persona que se jacta de no haber leído mas que un solo libro en su vida. Y con esta actitud falsa y prepotente no sabe mi hermano que lo tiene todo perdido, que su opinión carecerá del mínimo valor delante de K. y que aquellas ideas y proyectos para ganar dinero en los que pudiera tener parte de razón o toda o toda la razón del mundo pues mi hermano mayor sabría sin duda alguna hacer buenos negocios, K. los demolerá y pisoteará por el suelo como siempre has pisoteado por el suelo cualquier pequeña o grande sugerencia de mi hermano mayor. Y K. no entiende, por mucho que se esfuerce se encuentra incapacitado para entender como nada, ni una mínima secuela de sus delirios culturales se le haya casualmente contagiado a su hijo mayor; un mínimo interés por la lectura, por ejemplo; o por los idiomas, por ejemplo; ni tan siquiera se ha esforzado por estudiar idiomas pues según mi hermano mayor estos se aprenden por ciencia infusa, así, con sólo decirse a sí mismo que quiere saber alemán, al cabo de una semana mi hermano mayor desafía a quien sea de que habla y escribe alemán como un nativo. Como el acto de escribir, por ejemplo. Escribir lo puede hacer cualquiera, el mismo, por ejemplo -dice de sí mismo mi hermano para irritar a K.- es perfectametne capaz de escribir una novela mejor que una cualquiera de las obras de K. o, si fuera el caso, de pintar un cuadro tan importante como cualquier pintura de Picasso.

K. se subleva contra mi hermano mayor, insisto yo, porque despues de dedicarse a manifestar, sin la menor vergüenza de su parte, un desprecio basico hacia la cultura, es un hombre feliz, como si esa actitud de superioridad frente a la cultura proporcionara la felicidad completa. La felicidad de mi hermano mayor que se ha ganado a fuerza de contestar el desprecio de K. hacia los ideales de mi hermano mayor con un desprecio mayor aún hacia la cultura y todo lo que Kafka representa a causa de su tremenda rendición a la cultura. Y he salido en su defensa. Sólo cuando K. atacaba a mi hermano mayor, solo en esas ocasiones, yo he salido en su defensa porque me parecía excesivo e injusto a la vez que fuéramos dos los que atacáramos a mi hermano mayor, precisamente, nosotros culpables ambos del odio hacia todo lo relacionado con la cultura sentido por mi hermano mayor. Pese a que jamás he podido entenderme con mi hermano mayor y hemos sido desde siempre unos hermanos incompatibles en

todos los aspectos, unos hermanos que se han peleado hasta hacerse sangre, unos malos hermanos, en definitiva, unos hermanos de quienes nadie diría que son hermanos, yo siempre he salido en su defensa cuando era K. o quienquiera que fuese parecido a K. que lo atacara. Pese a sentir una envidia inevitable hacia mi hermano mayor por ser él y no yo, el y no nosotros dos quien había tenido la suerte de recordar la cara, la voz el aliento de mi madre y había tenido la doble suerte además de poderme decir eternamente y mortificarme con ello que el sí, que el no tenía necesidad de mirar una fotografía para saber la cara que tenía su madre, pese a su cruel forma de fastidiarme, yo siempre defendía a mi hermano mayor de los repetidos reproches de su padre. Y eso que mi hermano mayor no se merece ninguna de las defensas posibles, al menos de mi parte, no se lo merece por su forma de despreciar a las mujeres. Podría detestarlas, odiarlas, ignorarlas como todo aquel, tal vez incluida yo misma, que ha conocido un mal ejemplo de mujer en su infancia; podía creer, como ya es legendario creerse, que la mujer es la culpable de toda la maledicencia humana, culpable de toda la violencia humana y hasta de la humanidad entera. La opinión que mi hermano mayor tiene sobre la mujer es si cabe aún peor que todo eso porque mi hermano mayor, por el contrario, las ama. Las adora de la peor manera que un hombre puede adorar a una mujer. Mi hermano mayor es superior a la mujer, dice mi hermano, cualquier hombre por ignorante que sea será siempre superior a la mujer, repite mi hermano mayor no teniendo bastante con engañar constantemente a la mujer y necesitando además hablar de ella como si al hablar de ella contribuyera a acotarla aún más en su campo de inferioridad. Y esa opinión de mi hermano mayor sobre la mujer que dice y proclama sin miramientos de ninguna clase, precisamente a K. que es un defensor *avant la lettre* de la mujer, le condiciona a decir de su hijo mayor, dice K., que no entiende como este hijo mayor es hijo suyo.